

los que se oponían á la prosperidad de sus compatriotas, y doliéndose del abatimiento en que la Isla Española se veía postrada, iba á prestarle el último servicio. En aquella tierra tan querida dejaba finalmente las únicas prendas de su cariño: á ella se volvían por tanto las miradas de aquel buen padre y honrado ciudadano, que caminaba á buscar su tumba en el suelo patrio, donde descansaban también las cenizas de sus mayores.

Oviedo llegaba á España en el otoño de 1556, llenándose de admiración, al saber los grandes acontecimientos que estaba presenciando el antiguo mundo: el vencedor de Italia, el valeroso domador de los turcos, el debelador de los galos, verdes todavía los lauros de Alemania, depuesta la púrpura y grandeza, vivía retirado en el monasterio de Yuste, y cansado ya de triunfar de los reyes de la tierra, ambicionaba solo el perdón de sus culpas, conquistando la eterna bienandanza. Sorprendió á Oviedo este maravilloso cambio, temiendo tal vez que pudiera ser contrario á la realización del único proyecto que en su ancianidad abrigaba, el cual se reducía á dar á luz la *Historia general y natural de Indias* corregida, aumentada y mas exornada, segun tenia prometido en diversos pasajes de la misma ⁵². Guiado de esta idea, se encaminó á Valladolid, donde á la sazón se hallaba la corte, gobernando estos reinos la princesa doña Juana, hermana del rey don Felipe, y presentados al Consejo los poderes de Santo Domingo y los cuadernos de la historia, mientras lograba el despacho de su procuración, obtenía el permiso para dar á la estampa aquella obra, concebida en los primeros albores de su juventud, compuesta en medio de los vaivenes y azares de su larga vida, y terminada á las puertas del sepulcro. Con aquella fé y singular constancia, que había sido siempre norte y sosten de todas sus empresas, acometió, pues, Oviedo la de imprimir la *Historia general*, comenzando por el libro vigésimo de la misma, primero de la segunda parte; pero estaba decretado por la Providencia que no gozara en vida de la fama que le auguraban sus escritos. Apenas impreso el expresado libro, se vió asaltado de tan agudas fiebres que, postrando su cansada aunque vigorosa naturaleza, le acabaron en breves dias, suspendiéndose por tanto la impresión de la *Historia general*, que ha permanecido inédita y desconocida en parte, aun de los eruditos, hasta nuestros tiempos. Gonzalo Fernandez de Oviedo, mozo de cámara del príncipe don Juan, soldado en Italia y familiar del rey don Fadrique, secretario en España del Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, veedor de las fundiciones del oro y mas adelante regidor y teniente del Darien en la Tierra-Firme, gobernador electo de la provincia de Cartagena, primer cronista de las Indias, alcaide de la fortaleza y regidor de Santo Domingo ⁵³ pasaba en Va-

⁵² En el proemio del lib. I de la II.^a Parte de la *Hist. Gen.* había escrito: «No se dexarán (las tres partes) de continuar é crescer en algunos libros que están pendientes lo que se supiere para ello en mis dias, ni de acrescentar mas libros en la tercera parte sobre el número ya dicho de cinquenta, si yo lo viere ó supiere, no dexando de creer que el tiempo los hará mas». Así sucedió en efecto,

bien que sin aumentar el número de los cincuenta libros, en que tenía divididos sus trabajos.

⁵³ Gonzalo Fernandez de Oviedo fué también tesorero del 120 que de las entradas pertenecía á la redención de cautivos, cargo que desempeñó desde el año de 1528 (*Real Acad. de la Hist., Colección de Muñoz*, tom. 79, A 406).

ladolid de esta vida en el estío de 1557, cumplidos ya los setenta y nueve años. Ni la confianza de sus compatriotas en el Nuevo Mundo, ni la predilección de la corte fueron bastantes á engendrar en su pecho bastardas ambiciones, contento siempre con la medianía en que la suerte le había colocado, y aspirando solo á contribuir con sus esfuerzos á labrar la felicidad de aquellos países, que despertaron en su imaginación desde la infancia pacíficas esperanzas de gloria. Doce veces cruzó Oviedo con este propósito el Océano ⁵⁴: las ciudades del Darien, Panamá y Santo Domingo, mirándole como su libertador, acudieron constantemente á su lealtad, para que las sacase de los mas grandes conflictos: la Real Chancillería de la Isla Española, primera audiencia de las Indias, no se desdenó tampoco de investirle con su representación y poderes, coronando siempre el éxito mas favorable las esperanzas de todos. Y entre tantos y tan difíciles cargos que le trageron inquieto y errante, poniendo á prueba el temple superior de su alma, vino á sorprenderle la muerte con la pluma en la mano, no menos infatigable que en los negocios públicos, en sus colosales tareas literarias.

V.

Obras de Oviedo y juicio crítico de las mismas.—Sus principales caracteres, como historiador.—Catálogo cronológico de sus escritos.—El libro de don Claribalte.—La Respuesta á la Epístola moral del Almirante.—La Relacion de lo sucedido en la prision de Francisco I.—El Sumario de la Natural Historia de las Indias.—El Catálogo Real de Castilla.—El libro de la Cámara Real del príncipe don Juan.—Reglas de la vida espiritual.—Las Batallas y Quinquagenas.—El libro del blason.—El libro de los linages.—Las Quinquagenas.—La Historia general y natural de Indias.—Juicio de la misma.—Opiniones de don fray Bartolomé de las Casas, respecto de la historia de Oviedo.—Si deben seguirse por la crítica.—Veracidad y honradez de Oviedo.—Conclusion.

Acabamos de trazar la vida del capitan y primer cronista de las Indias, Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, dejando en ella comprobado cuanto expusimos al dar principio á este bosquejo, no menos difícil por su novedad (puesto que solo se tenían vagas y muy escasas noticias de tan apreciable escritor), que importante en la historia del Nuevo Mundo, por los cargos que desempeña Oviedo, y mas que todo por el noble tesón con que defiende aquellas maltratadas comarcas, procurando su prosperidad y la de sus pobladores, mientras era tal vez acusado de los crímenes en ellas cometidos. Réstanos, pues, dar razon individual de sus escritos, tarea en que habríamos de encontrar no menores dificultades, si nos atuviéramos al juicio de los críticos y biógrafos, que sin el examen de sus numerosas obras,

⁵⁴ En pago de los servicios extraordinarios de Oviedo le concedió el Emperador por mejoramiento de sus armas las cuatro estrellas polares, para que él y sus sucesores las usasen con las antiguas de Valdés, en la forma que manifiesta el escudo, puesto al final de la presente edicion y publicado por Oviedo en la de 1533; de donde lo hemos tomado, TOMO I.

cumpliendo lo que advierte el mismo en la *Historia general*, con estas palabras: «Las quales armas estarán en fin deste tractado, porque es escrito en estas partes, donde tantos trabaxos padescen los hombres que veen estas estrellas é donde yo he gastado lo mejor de mi vida». (I.^a Parte, lib. II, cap. 12).

se han propuesto darle á conocer en la república de las letras. Mencionados ya los trabajos á que el Alcaide de Santo Domingo consagró sus vigilias, en medio de los sinsabores y afanes que amargaron su existencia; reconocidas en parte las causas que le impulsaron á emprender aquellas largas tareas, y fijadas por último las épocas sucesivas en que logra llevarlas á cabo, fácil nos será establecer un orden severamente cronológico, desechando al par las obras que sin fundamento alguno se le han atribuido, y reduciendo á sus verdaderos límites las que sin mayor criterio se han dividido en dos ó mas tratados, con mengua de su importancia literaria y ofensa del mismo Oviedo ¹.

Inútil nos parece el advertir que la mayor parte de las producciones de este laborioso cronista son historiales, cuando en la exposicion que llevamos hecha queda esto plenamente demostrado. Solas dos obras, ambas traducidas, dejan de pertenecer á este linage de estudios, á que le inclinaban el espíritu de su época y el ejemplo de la afortunada corte en que pasa su juventud y logra su enseñanza. Como indicamos oportunamente, aquel inusitado movimiento que recibieron de manos de la Reina Católica las artes y las letras, aquella proteccion tan eficaz como ilustrada que en nuestro suelo alcanzaron los ingenios más señalados de Italia, no podian menos de excitar el noble estímulo de los naturales, quienes al mismo tiempo que levantaban su corazón á las mas arriesgadas empresas, procuraban consignar las glorias de sus reyes, legando su grata memoria á los siglos venideros. Ningun soberano de Castilla encontró jamás entre sus vasallos tantos y tan doctos cronistas como Isabel y Fernando: Alonso de Palencia, Diego Rodriguez de Armella, Fernando del Pulgar, Andres Bernaldez, Mosen Diego de Valera, Antonio de Nebrija, Juan Ramirez de Lucena y tantos otros, como en aquel reinado florecieron, dedicando sus plumas á celebrarlo, conocidos y respetados por Oviedo, vinieron con sus obras á encender dentro de su pecho aquella poderosa y vivaz llama, que solo pudo apagar el soplo de la muerte. Llevado de semejante impulso, funda Oviedo su erudicion histórica en el estudio de las obras hasta su tiempo dadas á luz, y entendido en las lenguas francesa, flamenca, alemana, toscana y latina ², no solamente se nutre con la lectura de los

¹ Es por cierto digna de toda censura la conducta que han seguido algunos escritores extrangeros, llevados sin duda de las suposiciones de los eruditos respecto de este punto. Los autores de la *Biographie universelle ancienne et moderne*, teniendo tal vez noticia de que se habia dado lugar entre los escritores de *Morbo galico* á la relacion que hace Oviedo en su *Historia general y natural de Indias* de las aplicaciones del árbol guayaçan ó palo santo, fueron al extremo de suponer, con el testimonio de otros biógrafos, no mas verídicos, que habiendo adolecido en Nápoles de la citada enfermedad el año 1513, solicitó Oviedo pasar á la isla de Haití, sabiendo que en ella existia el remedio de su dolencia. Añádese tambien que, vuelto á España, se dedicó á curar las sífilíticas, dándose tan buen

arte que aumentó en breve considerablemente su fortuna. No creemos necesaria la refutacion de estas mal fraguadas imaginaciones; pero tampoco nos ha parecido conveniente el callarlas, porque siendo hijas de los errores en que los eruditos han caido, multiplicando sin criterio alguno las obras de Oviedo, justifican plenamente nuestro aserto, que veremos despues comprobado en la exposicion de las que realmente salieron de su pluma.

² Al dar noticia el mismo Oviedo de las largas vigilias empleadas en una de sus obras, exclamaba: «Desseando recoger lo que en muchas y muy difusas, prolijas y largas crónicas y de gran diversidad está derramado, las cuales con mucha diligencia y trabaxo he buscado y con mucha dificultad hallado, assi en la lengua latina, como en

autores patrios, sino que acude tambien á poner en contribucion los que en los citados idiomas escribieron. Pero la principal fuente de la erudicion histórica de Oviedo está en su propia experiencia: dotado, segun ya dejamos advertido, de un talento observador y reflexivo, colocado en mitad de los graves acontecimientos de su tiempo; en contacto siempre, ya con lo mas ilustre y autorizado de la corte española, ya con los mas valerosos capitanes de la conquista del Nuevo Mundo, nada se oculta á su vista penetrante, contribuyendo á enriquecer sus tareas, cuya variedad y extension excitan hoy la admiracion de los discretos. Aquel espíritu de investigacion que le anima, llega sin embargo á degenerar no pocas veces en nimia curiosidad, sacándole del terreno de la elevada consideracion histórica, para llevarlo á la exposicion de recónditas noticias y pormenores, ajenos alguna vez de la situacion y aun del carácter mismo de sus escritos. Mas esta es precisamente la índole especial de las obras de Oviedo: apoderado de un hecho, jamas perdona la ocasion de rodearlo de todas las circunstancias con que ha llegado á su noticia: tratando de un personage, no olvidará tampoco el referir todos los acontecimientos que sobre él ó su familia tiene recogidos: pintando una situacion, no omitirá el ilustrarla con numerosos ejemplos que no siempre son oportunos, bien que muy pocas veces dejarán de ser curiosos y peregrinos.

Semejantes observaciones que nos ministra la lectura de las obras de Oviedo, manifiestan claramente cuál es el mérito principal de sus escritos. En ellos están bosquejadas la grande época de su juventud y la no menos gloriosa para las armas españolas de su edad madura; pero no con el pincel atrevido y vigoroso de quien abraza de una sola mirada toda la extension y magnitud del portentoso cuadro que tiene delante, sino con el detenimiento y esmerada tibieza de quien, por no

«nuestra vulgar castellana y en la francesa, flamenca y alemana, etc.» (*Epil. Real de Castilla, proh.*) De estas breves líneas se deduce sin violencia de ningun género que era el Alcaide de Santo Domingo entendido en las expresadas lenguas, y particularmente en la latina, lo cual se halla demostrado con usura en sus numerosas producciones. Sin embargo, un escritor contemporáneo suyo, que no le era muy devoto, le acusa de *presuntuoso y arrogante*, por figurarse «que sabia algo, cómo no supiese qué cosa era latin, aunque pone algunas autoridades en aquella lengua, que preguntaba y rogaba se las declarasen á algunos clérigos que «passaban de camino por aquella ciudad de Santo Domingo para otras partes». Y el mismo autor asegura mas adelante que el ejemplar de Plinio, de que Oviedo se valia, *no estaba en latin sino en toscano.* (*Hist. Gen. de Ind.*, lib. III, cap. 142.) Pero esta acusacion literaria, hecha por don fray Bartolomé de las Casas entre otras muchas, relativas á las tiranías que achaca al Veedor de las fundiciones del oro, pierde toda su fuerza, al considerar la inoportunidad con que se formula; siendo por otra parte increíble que un hombre educado primero en la casa del jóven duque de Villahermosa, quien

tanto se señaló en el conocimiento de las humanidades, como discípulo de Pedro Mártir; distinguido y preferido despues por el príncipe don Juan, de cuya educacion clásica participó, segun va advertido, y dedicado por último al estudio de las crónicas, escritas en su mayor parte en el idioma del Lacio, dejase de tener nociones de aquella lengua, que se habia llegado á poner de moda en la corte de los Reyes Católicos. Y si estas observaciones persuaden que no es tan fundada, como debiera, la poco piadosa acusacion de las Casas, no parece de mas peso la circunstancia de que Oviedo anduviese siempre importunando á los clérigos para que le tradujesen las autoridades que cita; porque ni es posible que tuviese constantemente á mano tales traductores, habiendo escrito en tan diversos puntos (cosa que pareció olvidar las Casas), ni es de creer que en su vida errante y agitada se valiese de terceros para recoger datos y noticias de la multitud de obras que cita en las suyas, siendo palpable que *sabia qué cosa era latin*, pues que leia, extractaba y citaba oportunamente obras latinas. A la verdad que la ojeriza, mostrada por las Casas contra Oviedo, fué esta vez mas lejos de lo que el mismo Obispo habia imaginado.

alcanzar la sublime entonación del conjunto, se goza y entretiene en perfilar menudamente todos los pormenores, juzgando acaso transmitir de esta manera con mayor fidelidad los objetos que se ofrecen á su vista. Así Oviedo, aunque se llena de entusiasmo, al recordar los grandes sucesos que ha presenciado, aunque comprende intuitivamente su importancia, rara vez se levanta á la esfera de las altas consideraciones políticas, careciendo por tanto á sus ojos los hechos que examina de aquella precisa trabazón y natural armonía, alma de la historia. Mas no le culpe-mos hoy de lo que ni estaba en su mano alcanzar, ni alcanzó tampoco ninguno de sus coetáneos: cuando florece Oviedo, si bien son ya en parte conocidos los grandes modelos de la antigüedad clásica, no ha logrado todavía la imitación echar tan profundas raíces, que pueda ser bastante á sacar los estudios históricos del círculo estrecho de las crónicas. Si un ingenio tan esclarecido, como el rey don Alonso el Sabio, aspiró desde el siglo XIII á levantar aquellos estudios de la consideración particular á la apreciación general de los hechos, empresa en que ni logró todo el fruto por él deseado, ni halló despues afortunados imitadores; si durante el reinado de don Juan II no faltaron escritores que, como Pablo de Santa Maria y su hijo don Alonso de Cartagena, Rodrigo Sanchez de Arévalo, Alfonso Martínez de Toledo, Fernan Perez de Guzman y otros no menos afamados, intentasen generalizar las crónicas; no por eso podrá decirse que habia nacido entre nuestros mayores, cuando Oviedo recibe enseñanza, aquel espíritu verdaderamente crítico, que guía en el siglo XVI la pluma de nuestros grandes pensadores. Colocado Oviedo entre los infatigables cronistas de Isabel y de Fernando y los doctos historiadores de Carlos V y Felipe II, no se remonta, como Ocampo, Morales, Garibay y Zurita, á la investigación filosófica de los hechos, procurando quitarlos justamente y probarlos en la piedra de toque de la verdad: incapaz de faltar á ella, admite como demostrados los sucesos que halla consignados en las crónicas de los pasados siglos, y todo su afán y anhelo consisten en atesorar noticias para esclarecer con nuevas autoridades los puntos y materias de que trata. Este respeto excesivo, de que se aparta sin embargo en las cosas por él conocidas personalmente, le lleva á menudo al extremo de seguir los incalificables errores de las falsas crónicas respecto de los tiempos primitivos, yendo tan adelante su candor que se atreve á fundar sobre tan quebradizos cimientos opiniones propias, las cuales han de parar naturalmente en lo absurdo³.

Pero aunque la crítica de nuestros dias advierta y tilde en las obras del Alcaide de Santo Domingo esa falta de miras generales y esa sobra de credulidad, achaque harto comun en su tiempo, no por esto se crea que son aquellas merecedoras del desprecio ó del olvido. Nada hay mas curioso é importante respecto de las costumbres y trages de sus contemporáneos; nada mas vario, nada mas rico respecto de la vida interior y aun de la vida pública de aquellos guerreros que, postrando en Granada la media luna, domeñaron en Nápoles el orgullo de Francia y asom-

³ Véase cuanto en la página LIX del presente ensayo dejamos apuntado respecto á la posesion de las Indias por los primitivos reyes de España, y los

caps. 2, 3 y 8 del lib. II de la I.^a Parte de la *Hist. Gen. y Nat. de Ind.*

braron con el aliento de su pecho los ignorados confines del Nuevo Mundo. Bajo este punto de vista (necesario es confesarlo) merecen las vigilias de Oviedo la mayor consideración y alabanza: sus numerosos escritos presentan, acaso en calculado desorden⁴, toda clase de noticias y materiales, cuya utilidad es ya tiempo de que sea reconocida por los estudiosos. En aquel vasto depósito y copioso arsenal hallará el anticuario preciosos datos para valorar los usos y costumbres de nuestros abuelos, y encontrará el artista seguro guía para evitar, respecto de los trages, armas, muebles y paramentos, los groseros anacronismos con que afea á menudo sus producciones: allí el historiador verá ilustrados los hechos dudosos y aprenderá otros muchos no ponderados ú olvidados lastimosamente por los demas historiadores, y comprenderá tambien el filósofo las relaciones que existen entre las costumbres, las creencias y los sentimientos de aquella sociedad, pudiendo explicar (armado de esta antorcha) las bases que la constituyen y los resultados maravillosos de sus colosales empresas. Hé aqui cómo el estudio de las obras de Gonzalo Fernandez de Oviedo, lejos de contrariar los grandes fines de la ciencia histórica, no puede ser mas fecundo ni importante para ella, principalmente cuando se trata del felicísimo reinado de Isabel la Católica, y del no menos brillante de Carlos V. Esta época, con tanta diligencia estudiada por los escritores extrangeros de nuestros dias, y cuyos recuerdos no podrán menos de enaltecer en todo tiempo los pechos españoles, habrá de recibir nueva luz de los escritos de Oviedo, consagrados exclusivamente á su esclarecimiento.

Las obras debidas al Alcaide de Santo Domingo, tanto originales como traducidas, son, pues las siguientes:

I. «Claribalte: libro del muy esforçado é invencible caballero de Fortuna, propriamente llamado don Claribalte que segund su verdadera interpretación quiere decir don Felix ó bienaventurado, nuevamente emprimido y venido en esta lengua castellana: el qual procede por nuevo y galan estilo de hablar por medio de Gonzalo Fernandez de Oviedo, alias de Sobrepeña⁵, vecino de la noble villa de Madrid».

Este libro de caballería, que tradujo despues de la primera vuelta del Nuevo Mundo, durante su retiro en la expresada villa, fué impreso (fol. got. á 2 col.

⁴ Oviedo asentaba lo siguiente respecto de la amenidad y variedad de la lectura: «El pasto de la leçon, assi como en la mesa del príncipe es adorno y auctoridad la diversidad de los manjares y grand ocasion para despertar el apetito del paladar las diferencias dulces é agras é mezclados sabores, assi al que lee acrescientan la perseverancia de la leçon los diversos discursos é novedades que la historia trae consigo». (*Hist. Gen. y Nat. de Ind.*, lib. VI, cap. 49).

⁵ Es notable esta circunstancia que se repite despues, aunque en otra forma, cuando en 1525 presenta el Veedor de las fundiciones del oro de la

Tierra-Firme el *Sumario de la natural historia de las Indias* al Emperador Carlos V. Al terminar esta obra escribia: «El menor de los criados de la Casa Real de V. S. C. C. M. que sus reales pies beso, Gonzalo Fernandez de Oviedo alias de Valdés.» Era esto sin duda efecto de no haberse fijado todavía los apellidos, como en siglos posteriores, dando ocasion á que se variasen con frecuencia, lo cual sucede aun en algunas provincias de España. Oviedo se apellidaba en 1535 sin el alias del *Sumario* ni el de *don Claribalte*, empleando constantemente el apellido de *Valdés*, que transmitió á su hijo Francisco Gonzalez, y conservó hasta su muerte.